

José Rojas Garcidueñas

Los relatos de un bachiller

Adolfo Castañón

Adolfo Castañón recuerda la figura señorial de José Rojas Garcidueñas, autor de libros ineludibles sobre el Virreinato, a través de una serie de viñetas salpimentadas con trasuntos biográficos y que culmina con el recuerdo que escribiera el autor de El erudito y el jardín a la muerte del padre Garibay.

El bachiller José Rojas Garcidueñas, nuestro decimoprimero secretario —me contó Germán Viveros—, era un maestro singular. Llegaba a su clase y se ponía a hablar en voz alta sobre el tema o motivo que ocupara en ese momento su mente —quizás alguno de los asuntos recogidos en *Temas literarios del Virreinato* (Miguel Ángel Porrúa, 1981)—, mientras caminaba midiendo el salón con paso ensimismado por las escalinatas de su monólogo, y apenas atento a los engranes de su discurso entre los oyentes, como quien da cuerda a un reloj invisible.

No era tanto un maestro que fuera sacando del discípulo la verdad entrañada como un jardinero despreocupado que fuera rociando con su saber el semillero estudiantil. Era un jardinero de la erudición nacido en 1912, un año antes de la Decena Trágica, en la ciudad guanajuatense de Salamanca, y muerto sesenta y nueve años después en la Ciudad de México. Hizo sus estudios en la Ciudad de México y se graduó con la tesis, luego publicada como libro en 1938 bajo el sello de Ábside, sobre *Vitoria y el problema de la conquista en derecho internacional*, obra que puso al día el tema inveterado del derecho de los pueblos más fuertes sobre los más débiles, y que en la España del siglo XVI planteó y debatió fray Francisco de Vitoria.

Discípulo de los maestros a quienes les tocó vivir la etapa más delicada de lo que se ha convenido en llamar

la etapa constructiva de la Revolución mexicana, Rojas Garcidueñas se formó cerca de aquellos que a su vez fueron discípulos de la generación del Ateneo —grupo sobre el cual Garcidueñas escribiría un útil ensayo (en 1979): *El Ateneo de la Juventud y la Revolución* (Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1979, 155 pp.)—, los llamados miembros de la generación de 1915 (los Siete Sabios o caudillos culturales de Enrique Krauze), quienes asumieron la custodia de la memoria y el hacer nacional, como una suerte de militancia ciudadana. La idea de “salvación” anima y rige la vocación de Garcidueñas por la cultura virreinal mexicana.

El tema medular de sus estudios sería el de las letras virreinales y el nombre familiar, por el cual se debe precisamente al bachiller Arias de Villalobos, uno de los autores estudiados por Rojas Garcidueñas en su trabajo de investigación sobre las tempranas expresiones dramáticas de la Colonia en el libro *El teatro en la Nueva España en el siglo XVI* (primera edición, 1935; segunda edición corregida y aumentada, SEP-Setentas, México, 1973). Esa investigación fue el punto de partida de la analecta que publicaría poco después en la Biblioteca del Estudiante Universitario, *Autos y coloquios del siglo XVI* (1939), y luego en la edición anotada y prologada por él sobre los *Coloquios espirituales y sacramentales de Fernán Gonzá-*



José Rojas Garcidueñas

lez de Eslava, publicados por la editorial Porrúa en la Colección de Escritores Mexicanos, tomos 74 y 75, en 1958.

El bachiller Rojas Garcidueñas ingresa a la Academia Mexicana de la Lengua el 22 de junio de 1962, en el sitial número IV, que dejara el internacionalista Genaro Fernández MacGregor, cuyo elogio haría con buen conocimiento de causa, pues además de haber hecho la tesis mencionada sobre Francisco de Vitoria —años antes de que, por así decir, lo pusiese de moda el español Manuel Pedroso—, se ocupó durante varios años en la Secretaría de Relaciones Exteriores en una oficina dedicada a estudiar y dirimir las cuestiones de los límites entre los países. Lo sucedería en esa silla IV Tarsicio Herrera Zapién, a quien correspondería hacer su elogio. El derecho internacional está presente en las meditaciones de Rojas Garcidueñas hasta el punto de dejarse hacer un libro de cuentos, *El erudito y el jardín*, con todos los “regalos” de fin de año que iba publicando, un texto (“Un pasaporte Nanssen”) sobre la situación de aquellas personas a quienes su propio país les retira la nacionalidad, o que se encuentran refugiados o desplazados por una situación de guerra —una cédula de identidad que, en nuestros días de violencia desatada, cobra un valor singular—. El texto, además, refiere con ironía el temple vengativo de un racista norteamericano en México, que lleva a otro en 1948, su víctima, a solicitar “un pasaporte Nanssen”.

Dos obras, dos “salvaciones” —para retomar la voz de Ortega y Gasset— refrendan la vocación de Rojas como acucioso y amoroso estudioso de la cultura virreinal mexicana: la biografía del erudito novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora (Xóchitl, México, 1945), cuyas obras históricas también prologó, y la monografía histórica sobre el poeta y prosista Bernardo de Balbuena, autor de *La grandeza mexicana* que, al decir de José Luis Martínez en 1992, es el mejor estudio que hasta esa fecha se cuenta sobre el autor y sus obras. Organiza, pone en cintura crítica, impone congruencia y concordancia a un gran número de papeles sueltos y de documentos sobre el autor novohispano. Preparó una monografía sobre *El antiguo Colegio de San Ildefonso*, lugar donde él mismo había estudiado, con motivo del cuarto centenario de la Universidad; además de dedicar un útil estudio lleno de datos sobre *El Ateneo de la Juventud y la Revolución* (1979). Rojas Garcidueñas estudió y prologó también al iniciador de la historia de la pintura en México, *Don José Bernardo Couto. Jurista, diplomático y escritor* (Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, Universidad Veracruzana, 1964), quien fuera discípulo del doctor José María Luis Mora. En esa vertiente de la historia y crítica de arte escribió un valioso ensayo, *Presencia de Don Quijote en las artes de México*, en el cual se junta su pasión por la historia y por las artes. Ahí descubre el lector que el personaje de Don Quijote y su compañero Sancho Panza recorrieron las calles de la flamante México el 24 de enero de 1624 en una mascarada, así como otras muchas noticias curiosas que dan cuenta de la riqueza de la vida cultural mexicana desde esos primeros tiempos.

La figura de José Rojas Garcidueñas me es simpática. Lo imagino saliendo de su casa en Bolívar número 8, en el tercer piso, donde era vecino de Indalecio Prieto y Max Aub, y donde vivía con su esposa, Margarita Mendoza López, la hija del ingeniero Miguel Mendoza López Schwerdtfeger (1883-1965), cofundador del Partido Liberal Mexicano de Ricardo Flores Magón, perseverante propagador de las ideas socialistas en México, autor de un tratado de *Economía libertaria* y, en 1958, candidato a la presidencia de la República por el Partido Comunista en los tiempos de Adolfo López Mateos (en la democracia mexicana se ha dado, como en otras, la costumbre de nombrar candidatos ornamentales que nunca ganarán). Lo imagino yendo a Relaciones, a la Universidad, y pasando luego por su despacho en Guerrero número 2, frente al jardín de San Fernando y próximo a las librerías de viejo que estaban en Tacuba, como la Dante o la de Polo Duarte. Lo imagino recorriéndolas en compañía de su joven amigo José Luis Martínez, quien ha contado en *Bibliofilia* que a su muerte iba a visitar a doña Margarita al hotel Regis y que salía de ahí cargado de libros que ella le regalaba. El ritual ter-

minó en 1985 cuando murió junto con todos los otros huéspedes a causa del terremoto que acabó con todo, salvo con el reloj de su amado esposo José, gracias al cual fue posible identificarla, según contó a doña Gloria Gopar, su amigo, el académico Porfirio Martínez Peñalosa. Así lo recuerda su amigo José Luis Martínez:¹

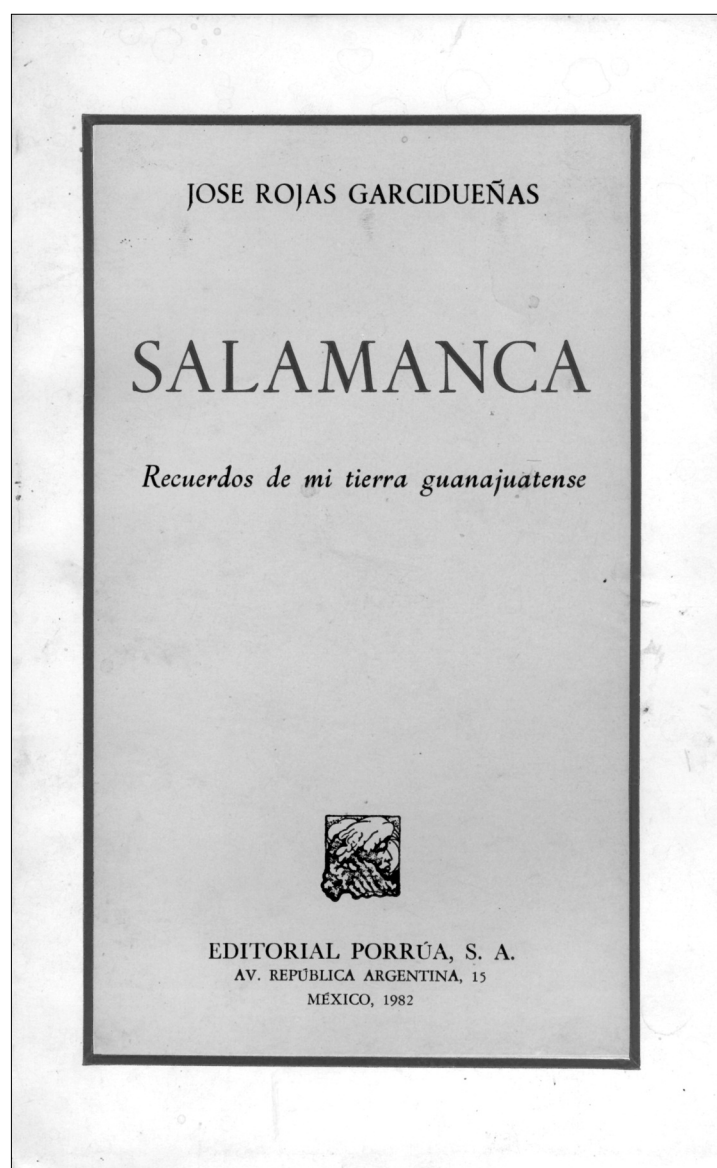
IX *Los Rojas Garcidueñas*

En la Academia Mexicana de la Lengua fui amigo y aprecié a José Rojas Garcidueñas, que era el Secretario Perpetuo y murió en 1981 cuando yo era ya director. Decidimos juntar sus hermosos relatos breves, y para reunirlos y recoger papeles de la Academia, al terminar a las ocho de la noche las sesiones, iba a su casa cercana con su viuda, mi querida amiga Margarita Mendoza López. Y una noche me dijo: “Como que ves con mucho interés los libros de José. Si te interesan, dímelo y te obsequio los que quieras porque yo quiero deshacerme de ellos”. Le agradecí su oferta pero le propuse que se los pagaría al valor que estimara. Margarita me decía que no le mencionara los títulos y que sólo le dijera el número de libros que me llevaba. José tenía una buena colección de historia de México, libros sobre Guanajuato, su tierra, que no toqué, buenas ediciones de literatura mexicana y una colección de Quijotes antiguos a los que renuncié porque no tenía espacio. Dos veces por mes iba con una gran caja de cartón que llenaba, le hacía cuentas y le dejaba un cheque. Entre mis compras más apreciadas estuvieron la preciosa edición de grabados de *México y sus alrededores* —que ya había encontrado en Buenos Aires y no había podido comprar por su elevado precio—, la edición original de los tres tomos de *La ciudad de México* en el siglo XVI, preciosa para mis trabajos sobre este siglo. Y recordaba que cuando unos prerrevolucionarios pusieron fuego al palacio de los virreyes en 1692, don Carlos de Sigüenza y Góngora salvó los originales de estos libros de las llamas. Las ediciones de García Icazbalceta de poetas del siglo XVI, en que trabajaba José de J. Rojas Garcidueñas, Margarita no quiso que les fijara precio porque me las regalaba. Y además de otras menudencias, quiero mencionar unos raros libros argentinos sobre los viajes trasatlánticos en el siglo XVI que fueron básicos para mis *Pasajeros de Indias*.

Margarita, la generosa, se fue a vivir al Hotel Regis con sólo algunos libros sobre teatro en México, su especialidad. Y pereció en el terremoto de 1985. No se encontró su cuerpo y la pobre ya había pagado a Gayosso sus exequias.

José Rojas Garcidueñas —cuyo apellido compuesto huele a caoba, color de la edición de *El erudito y el jardín*— fue hijo de Joel Rojas y de Victoria Garcidueñas de Rojas, una familia tradicional del Bajío, en cuyo

jardín había pavorreales. Recuerda el niño que fue Rojas que a los pavorreales se les amarraban cintas rojas en las patas cuando era el tiempo de que se les cayeran las plumas —pues son tan vanidosos que son capaces de morir de vergüenza sin su suntuario atuendo—. También recuerda que toda la ropa que se llevaba en casa se hacía ahí mismo. Frecuentaba de tanto en tanto, lo sé por mi padre, la librería de Manuel Porrúa y, luego más tarde, la de Miguel Ángel, su hijo y editor, en la empedrada calle de Amargura. La adolescencia y juventud de Rojas Garcidueñas transcurrieron iluminados por los últimos relámpagos de la Revolución. Nacido en 1912, José Rojas Garcidueñas gusta y cultiva la amistad de las personas mayores: se hace amigo de Nicolás Rangel, de Luis González Obregón, de Alfonso Reyes y de Francisco Castillo Nájera, de Manuel Toussaint, de los hermanos Méndez Plancarte, conoce y trata a Antonio Gómez Robledo y al padre Ángel María Garibay. Con Alfonso Reyes tuvo diversos tratos institucionales, políticos y bibliográficos, en torno a muchos proyectos, uno en particular fue el de la organización frustrada del Comité Organizador de la Conferencia Interamericana de Es-



¹ José Luis Martínez, *Bibliofilia*, ejemplar número 204, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, pp. 29-33.

critores, compuesto por la plana mayor de aquel entonces (la presidencia de Manuel Ávila Camacho).²

En José Rojas Garcidueñas, el sedimento aflora en sentimiento y la tradición vive y se incorpora porque él se ha puesto de pie para ir a su encuentro. Hay en su obra varias construcciones de crítica y erudición histórica que están hechas para atravesar el tiempo, como el *Teatro de la Nueva España en el siglo XVI*, en el que hace un estudio encadenado de lo que ahora diríamos representaciones teatrales prehispánicas, que es el espacio en el cual se insertó el teatro evangelizador de los misioneros, para concluir con las figuras más desarrolladas del teatro, como son las de Fernán González de Esclava y la del bachiller Arias de Villalobos. Precisamente, de esta figura le viene a Rojas Garcidueñas el apelativo de bachiller con el cual se le conoció desde muy temprano por su familiaridad e intimidad con el conocimiento del pasado de México a través de sus obras y de sus autores.

La tradición que se va transmitiendo de boca a oído, de maestro a discípulo se hizo fragua y forma en la figura de este erudito historiador y escritor mexicano en quien la tradición se deletrea. A la manera del paseante que prefiere descansar en la capilla o atrio externo, en vez de perderse por el amplio espacio de la basílica, yo preferiré ocuparme en esta evocación de José Rojas Garcidueñas de sus escritos convencionalmente llamados menores como las estampas, anécdotas, cuentos y relatos recogidos en el libro *El erudito y el jardín* y no de las grandes construcciones como el *Teatro de la Nueva España en el siglo XVI*, la monografía sobre el Colegio de San Ildefonso, las biografías de Bernardo de Balbuena y de don Carlos de Sigüenza y Góngora, o el admirable tratado sobre *Vitoria y el problema de la conquista en el derecho internacional*. Es, creo, en esas anécdotas y relatos —uñas de león— donde mejor se puede acercar el lector a Rojas Garcidueñas y a la forma en que se hace amigo de la tradición y así se la apropia y adueña. Sabe muchas cosas este hombre con apellido que se desdobra y huele a caoba.

Hay en los cuentos de Rojas Garcidueñas un fino sentido del humor, que sabe volver a la realidad para des-

² Antonio Acevedo Escobedo; José Alvarado Bárbara B. Aponte; Juan Antonio Ayala; Carlos Fuentes; Carmen Galindo; José Gaos; Jaime García Terrés; Martín Luis Guzmán; Phillip Koldewyn; Ernesto Mejía Sánchez; Francisco Monterde; Raúl H. Mora Lomelí; T. Navarro Tomás; José Emilio Pacheco; Paulette Patout; Raúl Rangel Frías; Alicia Reyes; Jaime Willis Robb; Hugo Rodríguez Urruty; José Rojas Garcidueñas; Jean Rose; Heberto A. Sims; Altaír Tejeda de Tamez; Jaime Torres Bodet; Mario Vargas Llosa; Ramón Xirau. *Presencia de Alfonso Reyes. Homenaje en el X aniversario de su muerte (1959-1969)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1969, p. 143.

doblarla, enmascarando y desenmascarando la vida académica a través de sus rituales, como pueden ser, por ejemplo, las conferencias en los simposios, la originalidad de una investigación, la condición inédita de un tema. Esto es precisamente lo que sucede en el texto inicial de *El erudito y el jardín*, titulado “El hallazgo del crítico”, una despiadada sátira de la cultura académica y congresista que hallaría eco feliz en el texto que hace su amigo Francisco de la Maza titulado “El estilo Luis XVII”. Es “Una sátira del crítico de arte que anuncia ante un congreso de Historia y Arte su descubrimiento de un francés olvidado, el Luis XVII —El pobre hijo de Luis XVI y María Antonieta que sobrevivió sólo dos años a la ejecución de su padre en 1793”. El estilo Luis XVII “floreció, según de la Maza, en una isla del Caribe adonde fue llevado el niño Capeto, estilo que consiste en una atroz mezcla de rococó y de motivos indígenas americanos” (Martínez). El juego erudito seguro que habría divertido mucho a un lector de *La expresión americana* de José Lezama Lima, si no es que al propio autor de *Paradiso*. Para colmo y confite, *El erudito y el jardín* fue publicado en 1983 por la Academia Mexicana de la Lengua con prólogo de José Luis Martínez.

El placer de contar, el gusto por volver a escuchar sabrosos sucedidos y por recrearlos. Contar breves anécdotas memorables que cobran sentido en función de un relato mayor. Como dice Rojas Garcidueñas, citando a Ernest Robert Curtius, un comentario literario sin citas es como un libro de anatomía sin ilustraciones.

RECUERDO DE GARIBAY³ José Rojas Garcidueñas

El jueves pasado, 19 de octubre de 1967, murió el Padre Garibay (don Ángel Ma. Garibay K.).

Hace ya tiempo que no lo veía; desde antes de que su enfermedad final lo recluyera en su casa. Yo lo traté realmente poco, nos encontrábamos unas cuantas veces al año, pero durante veinte años.

Porque hace treinta años, o poco menos, que lo conocí. De tal ocasión guardo un clarísimo recuerdo por la gran impresión que me hizo. En realidad, yo recuerdo y recordaré siempre al Padre Garibay por aquella primera reunión y plática.

Debe de haber sido en 1939, pero puedo acercarme con seguridad a la fecha consultando las de dos de sus primeras publicaciones, editadas “bajo el signo de Ábside”. Me refiero a su traducción de la *Orestiada* y a la de poemas líricos aztecas.

³ En José Rojas Garcidueñas, *El erudito y el jardín. Anécdotas, cuentos y relatos*. Introducción y selección de José Luis Martínez. Academia Mexicana, México, 1983, pp. 161-167.

La aparición de ambas traducciones nos produjo, a muchos, más que admiración. Nos dejó boquiabiertos, estupefactos. ¡Un señor que traduce, y en magnífico lenguaje, a Esquilo y que también conoce y traduce poemas del náhuatl, hasta entonces desconocidos, es, sin duda, algo admirable, excepcional!

¿Cuánto tiempo hacía que, en México, no se daba un humanista así? Probablemente había que remontarse muy atrás, a los humanistas del XVII o a los del XVI más bien, y acaso ni en esos siglos se encontraría su igual.

Y como los humanistas de nuestro siglo XVI, como Sahagún, como Alonso de la Veracruz, éste de nuestros días era un clérigo y vivía en un pueblo, no lejano, pero sí aislado: Garibay era, entonces, cura párroco de Otumba.

Un día, en la reunión del mate, el Padre Méndez Plancarte propuso ir a visitar a Garibay; él debe haberle escrito previamente o algo así. El hecho es que, fijada la fecha, quedamos de acuerdo en ir a Otumba los dos Padres Méndez Plancarte (Gabriel y Alfonso), Agustín Yáñez, Antonio Gómez Robledo y yo.

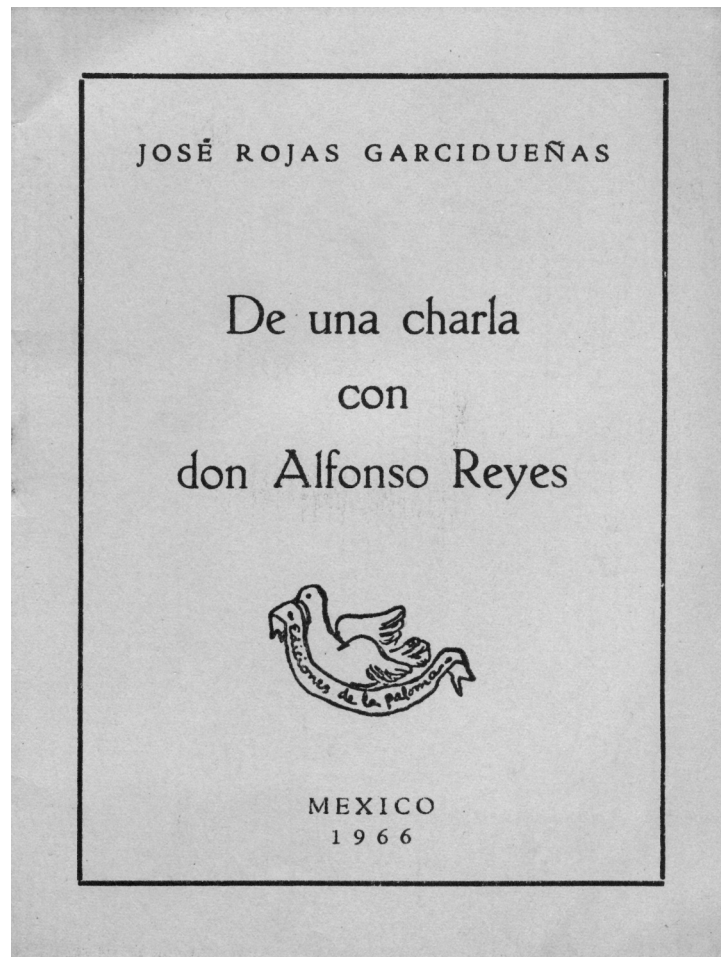
Entonces no había carretera a Otumba, ni autobuses para más allá de Teotihuacán, y éstos malísimos. Había que ir en tren, en el Ferrocarril Mexicano, el de Veracruz, que salía de Buenavista a las siete de la mañana, y podíamos regresar en el tren contrario y llegar aquí doce horas después.

Así lo hicimos. Como yo nunca he acostumbrado levantarme temprano, llegué el último a Buenavista y sin desayunar. Breves se me hicieron las dos horas que empleaba el tren en llegar a Otumba. El hecho es que a las nueve de la mañana, más o menos, llegamos y, sin interrumpir la conversación, nos encaminamos, a pie, de la estación al curato.

Yo había ido acumulando jugos gástricos en el viaje y tenía una hambre feroz, apenas psicológicamente apaciguada con la idea de que la invitación del señor cura Garibay incluyera, para mí, no sólo el almuerzo sino desde el desayuno.

Llegamos al cuarto, acudió un sirviente a la puerta y nos informó que el señor cura estaba ausente: había ido a decir misa a un lugarejo cercano y todavía no regresaba. Mis esperanzas de desayunar se esfumaron, pero en verdad tampoco era como para sentirlo mucho. ¡La compañía de los amigos y la conversación eran tan gratas...!

El curato de Otumba ocupaba el edificio que fue convento franciscano, fundado en el siglo XVI. Como todos los edificios similares, tiene al frente, junto a la iglesia, un portal de varios arcos a la entrada y luego los claustros bajo y alto, que han sufrido modificaciones; pero en el portal antedicho, la "portería" como se llamaba cuando era convento, están intactos, desde el siglo XVI, sus bien proporcionados arcos de medio punto sobre las



sencillas columnas cilíndricas, todo ello característico de los conventos de la primera hora de la evangelización.

Allí, en ese portal, nos pusimos a caminar de un lado a otro, los cinco amigos viajeros. Todavía me parece escuchar la voz serena y pareja de Gabriel Méndez Plancarte, anotando guturalmente las erres, como también lo hacía Antonio Gómez Robledo (por su hablar nervioso y rápido); el hablar entrecortado de Alfonso Méndez Plancarte y las ocasionales intervenciones de la voz grave y lenta de Yáñez "el silencioso" como lo llamó el Padre Gabriel.

Lo grato de la compañía y de la charla apaciguaba pero no calmaba mi estómago en ayunas, y yo, sin perder ni dejar de participar en la gratísima plática, miraba y remiraba hacia la polvorienta y desierta plaza del pueblo, frente a nosotros, esperando la llegada del señor Garibay.

Muchas veces recorrimos, con lento paso y rápidas frases, la portería del ex convento. Cuando menos lo esperábamos, la puerta que da al interior del claustro se abrió y apareció en ella una figura que a mí me sorprendió mucho: allí estaba un individuo extraño y con visibles atavíos de montar: polainas de cuero que le ceñían la parte baja del pantalón, una especie de cazadora totalmente abotonada, al cuello un pañuelo de seda probablemente anudado por delante pero que se perdía oculto por la gran barba negra que era lo más destaca-

do de un rostro que aquella negra pelambre hacía pálido y semioculto por los gruesos anteojos y ese sombrero negro de anchas alas.

El personaje, para mí inesperado, quedó un instante en el vano del zaguán, mirándonos, seguramente para saber a quiénes conocía y a quiénes no, en nuestro grupo.

En ese instante yo pensé: ¡Don Segundo Sombra!, y estuve a punto de decirlo en voz alta, pero lo impidió la suave exclamación del Padre Gabriel: —¡Ya llegó el señor cura Garibay! Y todos nos acercamos, se hicieron las presentaciones de los que no lo conocíamos y luego pasamos al interior de la casa.

Para mi fortuna, nuestro huésped me invitó a desayunar. Mientras yo lo hacía él cambió su indumentaria ecuestre por una sotana muy usada y cubrió su cabeza con una cachucha gris.

Así, de sotana y cachucha, pasamos a su despacho o estudio y empezó la ronda del mate, que estuvimos bebiendo toda la mañana, mientras la conversación rodaba y saltaba, siempre interesante y gratísima.

Yo estaba realmente deslumbrado, ¡aquel hombre lo sabía todo! Con su voz un poco grave, de habla un poco lenta y clara dicción, seguramente por la larga práctica de hacerse oír y entender de las masas en la predicación sagrada; con su extraño aspecto: la austera sotana

gastada de cura pobre, empuñando la bombilla del mate al nivel de las largas, pobladas, negrísimas barbas; los ojos oscuros, vivísimos, brillando tras de las redondas gafas de aro de carey y patillas de oro; y por encima la incongruente cachucha gris, formaba un conjunto extraño, disparatado, y atractivo; sobre todo por la palabra que, entre sorbo y sorbo de mate, salía de la pelambre negra, fluía inagotable llevando la atención y pensamiento por todos los rumbos de las ideas y de las cosas.

Al cabo de treinta años me es absolutamente imposible recordar las muchas cosas interesantes que se dijeron en aquella extraordinaria mañana.

Pero sí recuerdo un momento de ella. Seguramente tratábamos de las recientes traducciones publicadas por Garibay que tanto y tan justamente nos habían admirado: tragedias griegas y poemas aztecas. Averiguamos que el Padre Garibay leía y traducía creo que diez o doce idiomas (acaso más) entre lenguas vivas y muertas. Y entonces yo me atreví a preguntar:

—Perdone, Padre, pero ¿cómo hace usted para mantenerse “en línea”, es decir en práctica de tantos idiomas? Porque, claro que es admirable haberlos aprendido, pero más me intriga cómo hace para no olvidarlos: pues sé que usted ni da clase ni tiene con quién hablarlos, pues está totalmente dedicado a su ministerio en este pueblo y tiene que atender a los otros más pequeños de alrededor. ¿Cómo hace para no olvidar tantas cosas?

—Es muy fácil —contestó con gran sencillez el Padre Garibay—. Mire —siguió, mostrándome una libreta de pastas de cartón que le servía de agenda para ciertas cosas—. Mire, aquí tengo apuntado; por ejemplo: “Abril: alemán; mayo: francés... etc.” Y todo ese mes, una hora al día leo o releo obras en el idioma que toca según el mes; autores clásicos y no clásicos, y pongo aquí en mi escritorio esos libros y el diccionario y la gramática de esa lengua, para consultarlos si tropiezo en la lectura. Así es como “no me empolvo”.

Hacia el medio día Garibay nos llevó a visitar a unos parientes del Padre Gonzalo Carrasco, S. J., fallecido años antes y que fue, como se sabe, pintor antes de entrar en la Compañía y en ella a veces volvió a pintar, tanto obras de caballete como murales en la Sagrada Familia de México, y otras de Puebla y otros lugares. En la casa que visitamos conservaban dibujos, bocetos y algún óleo del padre Carrasco; todo lo cual nos permitieron ver.

Comimos una sabrosa y sencilla comida casera mexicana. Fuimos y charlamos otro rato y luego, ya camino de la Estación, Garibay nos llevó a una pequeña loma donde, según nos dijo, fue la célebre batalla de Otumba, en el primer año de la Conquista.

A media tarde tomamos el tren de regreso y al anochechar llegamos a la estación de Buenavista.

Así conocí al Padre Garibay.

México, octubre-diciembre de 1967. **U**

